

predijo fué el día y hora en que su alma había de ser desatada de los lazos de la mortalidad para reinar con Jesucristo. Poco antes de que sucediese esto convocó á todos sus monjes y al clero, y teniéndolos presentes, les hizo primeramente un vivo discurso, exhortándolos á la observancia de la ley santa de Dios, y á mantener con teson todas las santas reglas que les había dado. Concluyó su razonamiento, diciéndoles como Dios le llamaba para sí, y señalando el día y hora en que había de morir, y presentarse delante de su Dios. Estas últimas palabras llenaron de consternación á todos los circunstantes; bien presto se divulgaron por toda la ciudad y por los pueblos circunvecinos. Querer explicar el dolor, los gemidos y llanto que manifestaron todos sus súbditos, sería pretender un imposible. Mucha gente de ambos sexos, de todas las edades y gerarquías, andaba confusamente por la ciudad anegada en lágrimas, y manifestando su dolor con lamentos; unos lloraban sin consolación la miserable horfandad en que quedaban; otros levantaban las manos al cielo, clamando á voz en grito: ¿Porqué, ó padre, nos dejas, desamparando el rebaño que te había sido encomendado? Entre tanto, el santo obispo se fortalecía con los sacramentos de la Iglesia; y habiendo llegado la hora que tenía profetizada, durmió el sueño de los justos, y su alma santísima fué presentada entre coros de ángeles á su Criador para recibir el premio debido á sus trabajos. Sucedió su tránsito dichoso el día 5 de octubre del año 905, habiendo vivido setenta y tres años. Su cuerpo fué sepultado en un sepulcro precioso, que tenía fabricado para sí el rey Alfonso en la iglesia de Leon. Allí permaneció hasta los años de 999, en que viniendo Almanzor á las comarcas de Leon, procuraron los ciudadanos poner en salvo las sagradas reliquias de su santo prelado, llevándolas á un lugar mon-

tuoso de los Pirineos, llamado Valdecesar, en cuya iglesia, dedicada á San Juan, permaneció hasta que por solicitud de una princesa fué llevado al monasterio de Moreruela, del orden del Cister. Hallábase desconsolada la iglesia de Leon por la falta de las reliquias de su pastor san Froilan. Hizo varios oficios con los monjes de Moreruela, para que le volviesen un tesoro que la pertenecía; pero todos fueron inútiles: por tanto, se quejó formalmente al sumo pontífice, quien, habiendo nombrado por juez de esta causa al legado Jacinto, este sentenció que los sagrados despojos se repartiesen igualmente entre la iglesia de Leon y el monasterio. Hizose la traslación con toda la pompa y aparato que convenia á la adquisición de tan preciosas reliquias, y á la dignidad de iglesia tan respetable, y fueron colocadas en el altar mayor de la catedral en una preciosa urna de plata, donde los fieles las veneran, premiando Dios su fe y su devoción con favores continuados.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Mesina de Sicilia, la fiesta de san Plácido, monje, discípulo de san Benito, y sus hermanos san Eutiquio y san Victorino, y santa Flavia, su hermana; y tambien san Donato; san Firmato, diácono; san Fausto con otros treinta monjes, todos mártires, que fueron sacrificados todos por el pirata Manuca en odio de la fe de Jesucristo.

En el mismo día, la fiesta de san Traseas, obispo de Eumenia, martirizado en Esmirna.

En Tréveris, san Palmacio y compañeros, mártires, que fueron todos sacrificados en la persecucion de Diocleciano bajo el presidente Ricciovaro.

En el propio día, el martirio de santa Catalina, virgen, que, bajo el emperador Diocleciano y el consular

Domicio, fué arrojada al fuego y luego al mar; pero como de todo salió sana y salva, le cortaron los piés y las manos, y le arrancaron los dientes; y viendo que se acercaba la palma, se puso la santa en oracion, y murió.

En Auxerre, la muerte de san Firmato, diácono, y de su santa hermana la virgen Flaviana.

En Ravena, san Marcelino, obispo y confesor.

En Valencia de Francia, san Apolinario, obispo, esclarecido en virtudes durante su vida, é ilustre en la muerte en signos y prodigios.

En el mismo día, san Atilano, obispo de Zamora, canonizado por el papa Urbano II.

En Roma, santa Gala, viuda, hija del cónsul Simaco, la cual, despues de la muerte de su marido, se fijó junto á la iglesia de San Pedro, donde vivió muchos años entregada á la oracion, haciendo limosnas, ayunando, y ocupada en otras obras piadosas, y cuyo dichoso tránsito es celebrado por el papa san Gregorio.

En el Limosin, el tránsito de san Austricliniano, presbítero.

En Soissons, san Diviciano, obispo.

En Constanza, los santos mártires Constante y Alejandro.

En Nevers, san Jerónimo, obispo.

En Aoste al pié de los Alpes, el bienaventurado Gal, obispo de dicha ciudad.

En Persia, el martirio de santa Mamelta, apedreada por el pueblo enfurecido.

En Egipto, san Belafo y san Vacasio, mártires.

En Bodec, diócesis de Paderbon en Wesfalia, san Meonolf, diácono, á quien los Alemanes llaman Meonolf.

En Florencia, el bienaventurado Pedro de Imola, caballero de San Juan de Jerusalem, prior de Roma.

La misa es en honra del santo, y la oracion la siguiente:

Deus, qui beatum Froylanum monastici instituti propagandi studio decorasti, et ex eremo ad episcopale munus caelesti indicio vocatum miraculis clarum effecisti: concede propitius, ut cujus patrocinio gloriamur, ejus instruamur exemplis. Per Dominum nostrum Jesum Christum.....

O Dios, que adornaste al bienaventurado Froilan con un ardiente deseo de propagar el instituto monástico, y que, habiéndole llamado de una manera maravillosa del yermo á la dignidad de obispo, le hiciste esclarecido en milagros: concédenos misericordiosamente que, ya que tenemos la gloria de disfrutar su patrocinio, recibamos igualmente la instruccion de sus ejemplos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 44 y 45 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia I, pág. 14.

REFLEXIONES.

Dios le dió la bendicion de todas las gentes, dice la epístola de este dia: que es lo mismo que decir que el Señor concedió al justo que celebra hoy la Iglesia todas las felicidades y venturas que están esparcidas en todas las gentes del mundo, haciéndole un hombre verdaderamente bienaventurado. Estas palabras de eterna verdad sabemos que ni pueden contener engaño alguno, ni son producidas por una imaginacion exaltada, que quiera imponer con ponderadas exageraciones. *El cielo y la tierra faltarán*, dice la Verdad inmutable, *pero mis palabras no faltarán jamás*. Siendo esto así, se hace preciso inferir que en la conducta de san Froilan y en la relacion de sus obras se contiene una felicidad que necesitamos descubrir. ¿Consisti-

ria esta en abandonar la casa de sus padres, renunciar el socorro y proteccion de sus parientes, despreciar las cuantiosas riquezas que formaban su patrimonio, y dejar toda su fortuna en manos de la Providencia? ¿Seria feliz viviendo en un yermo acompañado de breñas y de fieras, sufriendo las inclemencias de todas las estaciones, y sin mas alimento que la oracion y las lágrimas? ¿consistiria finalmente su felicidad en estar de continuo evacuando las penosas cargas de predicador y de obispo, viviendo escasamente para si, y dedicando todos los momentos de su vida al provecho de sus prójimos?

Si se llama á las gentes del mundo á dar respuesta á estas preguntas, lejos de encontrar felicidad, hallarán en la vida de san Froilan unas ocupaciones llenas de tedio y amargura, y unos proyectos diametralmente opuestos á la mundana felicidad. Porque ¿cómo podrá persuadirse el avariento, que no duda cometer las mayores injusticias, y tiranizar á sus semejantes para engrosarse de bienes perecederos, á que es una bendicion de Dios el tener el espíritu necesario para despreciarlos? El hombre divertido que no encuentra satisfaccion sino en las grandes concurrencias y espectáculos; que coloca todo su estudio en variar los sujetos y las circunstancias que le aumenten y le multipliquen las diversiones, ¿cómo puede atribuir el nombre de bienaventurada á una vida triste, solitaria y austera? Los desidiosos, en fin, aquellos hombres tan inútiles á los demás como á sí mismos, que no tienen mayor tedio que el que les causa su inaccion y holgazaneria, ¿cómo es creible que tengan por dichoso al que está continuamente en un penoso trabajo, quitándose el sueño, y perjudicando á su salud, por ser de alguna manera provechoso á sus hermanos? El mundo piensa así, pero sin embargo, la Verdad eterna está firme y constante en calificar estos trabajos de

venturosos. Y á la verdad, si fuesen capaces los mundanos de probar por un momento la dulce satisfaccion que encuentran los justos en el cumplimiento de la ley santa de Dios, á que se dirigen todas sus tareas, fallarian contra aquel mismo dictámen que produce en ellos la vehemencia de sus pasiones. *Un dia solo gastado en el servicio del Señor*, decia el profeta David, *es mejor y mas dulce que millares pasados en los tabernáculos de los pecadores*. Este voto de un rey poderoso, que gozaba de todas las facultades necesarias para proporcionarse las delicias y satisfacciones del mundo, es decisivo en la materia. La vida espiritual tiene atractivos y bienes tan superiores, que con razon dice el Espíritu Santo, *que aquel que la practica goza en sí mismo de las bendiciones y felicidades de todas las gentes*. Pero, para persuadirse á ello, es necesario hacer lo que dice el real Profeta: *Es menester entregarse á la vida espiritual, llegar á tomar gusto á sus delicias inefables, y entonces es cuando se echa de ver cuan suave es el Señor, y cuán copiosas sus bendiciones*.

El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia I, pág. 17.

MEDITACION.

SOBRE LAS UTILIDADES DE LA BUENA CONCIENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos los bienes que hay en el mundo son de poca estimacion en comparacion de la tranquilidad, utilidades y alegría que produce una buena conciencia.

Cuando esta verdad no estuviera tan confirmada con

repetidos testimonios de la sagrada Escritura, bastarían á evidenciarla los multiplicados ejemplares que nos ofrecen las historias sagradas y profanas. El santo Job, sufriendo todas las vejaciones que eran capaces de producir la malicia y astucia de Satanás, confederadas para su perdicion, predica desde un asqueroso muladar á todos los mortales que, aun cuando falten al hombre todos los bienes de este mundo, seria bienaventurado en medio de sus desdichas, con tal que no le presente delitos su conciencia. Habia perdido las cuantiosas posesiones que le constituian en el grado de un poderoso monarca; sus hijos habian muerto desastradamente en la flor de su juventud; todos sus amigos le habian desamparado, y convirtiendose en enemigos suyos; hasta su misma mujer, olvidada enteramente del amor y sensibilidad que inspiran los lazos del matrimonio, le insultaba con descaro; y su cuerpo, cubierto por todas partes de llagas y asquerosidades, era afligido con intensos dolores, que aumentaban los interiores de su alma. Adonde quiera que volviese los ojos, no encontraba sino objetos de dolor y de tormento. Con dificultad se podrá encontrar hombre mas miserable, ni mas afligido; pues, aunque quisiese dirigir sus votos al cielo, estaban cerradas las puertas de la piedad, y parecia que las entrañas de la divina misericordia se habian convertido en duro bronce.

En medio de tanta miseria se acordaba el santo Job de que habia ya algunos años que no ofendiera á su Dios: su conciencia le aseguraba su amistad, y en esto mismo encontraba un lugar de refugio contra todos sus trabajos. De la misma manera se consolaba el santo rey David cuando, despues de haber sido certificado por el profeta de que Dios le habia perdonado sus excesos, le decia en el salmo 16: *Vendré, Señor, á tu presencia acompañado de la justicia de mi alma.* Pero

en donde se ve mas claramente qué efectos tan ventajosos produce en el espíritu la satisfaccion de tener á Dios por amigo, es en el apóstol san Pablo. Escribia este santo á los Corintios (*Epist. 2, cap. 1.*), y no obstante que los repetidos excesos que habia cometido contra Dios persiguiendo su Iglesia cuando estaba todavía en el judaismo, pudieran intimidarle, con todo eso no duda prorumpir en unas demostraciones de tranquilidad y alegría extraordinarias, diciendo á sus discipulos: *Toda mi gloria consiste en el testimonio de mi conciencia.* Todos estos santos pensaron con cordura, porque nada hay en el hombre que merezca aprecio y estimacion si Dios, que es el justo apreciador de las cosas, no lo aprecia y estima. Y como este Señor no puede apreciar en nosotros otra cosa que sus dones, de aquí es que la inocencia de costumbres, la verdadera virtud, la compuncion del corazon, y cuanto arguye su amistad, son las únicas causas que pueden producir en nosotros la tranquilidad y alegría. Siendo esto así, ¡cuánta es la necedad de aquellos engañados que pretenden encontrar satisfaccion fuera de Dios! ¡cuán grande el error de los que atribuyen sus interiores disgustos, sus continuos sobresaltos y la debilidad de sus esperanzas á otro principio que á la impureza de su conciencia! Conoce, ó cristiano, estas verdades, y advierte cuán grandes son los bienes de que te privas por tus delitos.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, para lograr estos bienes, se necesita una conciencia verdaderamente pura, una conciencia recta, y una conciencia que juzgue justamente de las cosas segun son en sí malas y buenas.

No consiste la buena conciencia en estar libres de aquellos delitos horribles, que escandalizan con su

fealdad, y conmueven las entrañas del mas endurecido. Las negras calumnias, las injusticias manifiestas, las deshonestidades, los hurtos, los homicidios y blasfemias, son unos delitos tan atroces, que no hay conciencia tan cauterizada, que no los abomine y deteste. Pero hay otro género de delitos, de que no solamente no se horroriza la conciencia de algunos, sino que los suele interpretar por virtudes. Este error es tanto mas perjudicial, cuanto colcca á los hombres en una paz falsa, y seguridad fingida, haciéndoles descuidar del remedio que necesita su dolencia. Se juzga que no pueden subsistir ni la nobleza, ni el honor, sin la soberbia y venganza; y así un hombre noble que recibe una injuria, se juzga obligado á tomar satisfaccion bajo el falso pretexto que en este mundo es odiosa la vida sin el honor, y que el que no se venga está sujeto á una perpetua infamia. De la misma manera piensan los demás hombres erróneamente, segun la diversidad de circunstancias y empleos en que ejercitan su vida; porque de otra manera, ¿se advertirian tantas astucias en los negocios seculares, tantas simonías encubiertas en los eclesiásticos, tanto lujo y profusion en los del mundo, tanta injusticia en los jueces y tantas falsedades en sus ministros?

Todos estos se persuaden á que todas aquellas cosas les son lícitas antes de ponerlas en práctica, y lo primero que procuran es aquietar los gritos de la conciencia, que, por la idea de rectitud que grabó en ella el dedo de Dios, siempre clama contra la injusticia y el desórden. Sin acallar las quejas de este fiscal severo, de ninguna manera se atreverian á ejecutar el delito. Por esta causa, el que se determina á quebrantar los preceptos de la Iglesia, pretexta enfermedades y achaques que realmente no tiene, pero que con el auxilio de su tibieza y de su amor propio to-

man el cuerpo necesario para parecer graves y de consideracion. De la misma manera excusan el lujo y la pompa inmoderada en el vestir: unas veces excusándose con la nobleza del linaje; otras, con la alteza de la dignidad, y otras, finalmente, con la costumbre; como si alguna de estas cosas pudiera prescribir contra la ley santa de Dios, y tener mas fuerza y recomendacion que sus adorables preceptos. La conciencia que resulta de un semejante modo de obrar, es una conciencia errónea, y la paz que por su medio logran los hombres, es una paz falsa. Con semejante conciencia, lejos de llegar á la posesion de los bienes que consideramos de la mayor entidad, se viene á cierta imposibilidad de poder jamás disfrutarlos. Cada uno de estos engaños es como un eslabon con que se forma una cadena funesta, que ata al alma, é impide sus felicidades; porque al fin llega un tiempo en que todas las cosas aparecen conforme son, Dios echa un rayo de luz sobre todos nuestros engaños, y entonces nuestra conciencia misma es el verdugo mas cruel que con mas impiedad nos acusa y nos condena. Estado miserable, término desventurado, que deben temer los hombres como uno de los mayores precipicios de su vida.

JACULATORIAS.

Secura mens quasi jube convivium. Prov. 15.

La conciencia segura y tranquila causa una delicia en el alma, mas apetecible que los convites y las mesas espléndidas.

Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum.
Psalm. 37.

Pero en presencia de los delitos de que me acusa mi conciencia, veo, Señor, un descontento, un miedo

y un terror en mí mismo, que llega á penetrarme hasta los huesos.

PROPOSITOS.

Cuando la buena conciencia no produjese delicia ninguna, y cuando sus frutos no fuesen tan conocidamente ventajosos, bastaria para desearla, y procurar hacerse con ella la evasion de aquel horrible temor que causa el mismo delito, y el remordimiento que á todas horas y en todas partes acompaña al pecador. Casi solo estaba en el mundo el pérfido Cain despues de la muerte de su inocente hermano, y con todo eso en medio de una soledad se horrorizaba de sí mismo, y se persuadia á que cualquiera ser viviente tenia derecho á quitarle la vida, y que esta no le duraria mas de lo que tardase en encontrar á alguno. El castigo mas severo que da Dios al pecador en esta vida, es la acusacion de la conciencia. En todas partes y á todas horas tiene presente el pecador su delito : siempre se le representa con la mayor viveza su fealdad, y siempre le está condenando á sufrir los rigores de la divina justicia. Aun despues de haber expiado con dolor y lágrimas el santo rey David el adulterio y homicidio que habia cometido, clamaba al Señor con toda la amargura de su corazon, diciéndole : *Mi pecado, Señor, está siempre contra mí.* Solas estas consideraciones deben bastar para que aborrezcas, ó cristiano, la vida pecaminosa, y procures asegurar tu conciencia por medio del arrepentimiento. ¿Qué delicia pueden producir los espectáculos si, en medio de ellos, te viene á la memoria que estás desterrado para siempre de la patria celestial? ¿qué satisfaccion te pueden producir las grandes amistades y conexiones del mundo si, por mantenerlas y disfrutarlas, te haces de Dios enemigo? Desengáñate.



S. BRUNO, C.

la delicia verdadera, el gusto y la paz residen únicamente en una buena conciencia; en una conciencia justa, que no trueque los nombres de las cosas: en todo lo demás, por mas que tu imaginacion te abulte las cosas, jamás encontrarás sino vanidad y afliccion de espíritu.

DIA SEIS

SAN BRUNO, CONFESOR.

San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, gloria de su siglo, admiracion del mundo cristiano, y fundador de una de las mas ilustres y mas santas religiones de la Iglesia de Dios, nació en Colonia por los años de 1030. Era su familia de las mas antiguas y de las mas nobles del país, y sus padres mas distinguidos por su ejemplar virtud, que por sus grandes riquezas y por el esplendor de su sangre. Merecióle Bruno su particular cariño por su bello natural, por su entendimiento elaro, vivo y despejado, por una memoria feliz, y por su gran docilidad, acompañado todo de una inclinacion á todo lo bueno, poco ordinaria en los niños de su edad; prendas todas que le hacian mas amable, y que empeñaron á sus padres en aplicarse con mayor especialidad al cuidado de su educacion. Esta costó poco, y sus bellos talentos naturales, ayudados de las particulares gracias con que el cielo le previno, ahorraron mucho trabajo á los maestros. Asegura el autor mas antiguo de la historia de su vida que nunca se notó cosa que oliese á puerilidad en sus costumbres. Observábasele siempre muy ajeno y muy superior á las ni-